

tanto obispos como gobernantes civiles se hallaban inmersos en la antigüedad tardía: en aquel periodo era del todo inconcebible una aconfesionalidad religiosa del Estado.

Pese a esos esfuerzos por no incurrir en interpretaciones anacrónicas de la Iglesia imperial, el teólogo no puede sino congratularse con la superación del giro constantiniano impulsada definitivamente por el Vaticano II. Dassmann hace especial hincapié en el acierto de los principios de libertad religiosa y de tolerancia civil, propios del mundo moderno, e intenta «disculpar» los errores postconstantinianos a este respecto. Así, para justificar evangélicamente la supresión del paganismo y la persecución de las herejías, Dassmann muestra que los obispos de la Iglesia imperial asentaron el principio moral de «no pactar con el error y, a la vez, tratar caritativamente al que yerra»; pero Dassmann puntualiza que este principio, teóricamente correcto, es muy difícil de aplicar atinadamente si «el que yerra» es considerado delincuente por el Estado. De ahí que sea necesario replantear el pluralismo religioso de un modo más humano y cristiano.

También hubo elementos positivos en la Iglesia imperial. Entre éstos y sus consecuencias en la Edad Media cabe destacar la evangelización de los pueblos germanos y eslavos y la eficaz resistencia que tanto en España como en Constantinopla se ofreció a la expansión del Islam, lo que garantizó la estabilidad de la Iglesia y su misión evangelizadora en las tierras de Europa. Por ello, si aciertos y desaciertos entretrejen el caminar histórico de la Iglesia en el mundo, resultan imprescindibles estudios y juicios de naturaleza teológica que, sin anacronismos, clarifiquen los avatares del Pueblo de Dios en su caminar terreno.

Albert VICIANO

Richard NEBEL, *Santa María Tonantzín Virgen de Guadalupe. Continuidad y transformación religiosa de México*, trad. del alemán por Carlos Warnholtz Bustillo, Fondo de Cultura Económica («Sección de Obras de Historia»), México 1995, 442 pp.

En 1992 se publicó en alemán esta monografía del Dr. Richard Nebel, originalmente su tesis de habilitación para la docencia, leída en 1990 en la Facultad de Teología Católica de la Universidad de Würzburg. La versión castellana lleva una presentación del abad de la Basílica mexicana de Guadalupe, Mons. Guillermo Schulenburg Prado.

La obra, evidentemente centrada en lo que el A. denomina el «acontecimiento guadalupano», se estructura en tres partes: su marco histórico; su estructura literaria; y la reflexión teológica.

El «acontecimiento guadalupano» (lo que en la literatura corriente se conoce con el nombre de «apariciones» de la Madre de Dios al beato Juan Diego) tuvo lugar en cinco etapas, según nos cuenta el texto nahua publicado en 1649 por el jesuita Luis Lasso de la Vega: cuatro apariciones al indio Juan Diego, entre el 9 y el 12 de diciembre de 1531, es decir, diez años después de la guerra de Tenochtitlan, y una quinta aparición al obispo electo de México, fray Juan de Zumárraga, como pintura impresa en el ayate o manta del vidente, un indígena nahua bautizado.

Desde hace tiempo se sabe —y se acepta unánimemente— que el texto editado por Lasso de la Vega, el *Nican mopohua* («Aquí se narra»), tiene distintos estratos literarios: un primer relato, generalmente atribuido al indio Antonio Valeriano, redactado seguramente entre 1552 y 1560, que recibe el nombre de *Relación de las apariciones* y constituye el núcleo inicial; un segundo texto, obra del indio Alva Ixtlilxóchitl, compañero del anterior en la escuela de Tlatelolco, titulado *Relación de los milagros*; y unas adiciones, prólogo y epílogo, del editor Luis Lasso de la Vega. El Dr. Ernesto de la Torre lo ha resumido muy bien en su edición de los *Testimonios históricos guadalupanos* (FCE, México 1982). Por consiguiente, se habían aplicado ya al *Nican mopohua* las técnicas de la historia de las fuentes (el método histórico-crítico).

Pues bien, Nebel se inscribe, de entrada, en la tradición de los estratos literarios, pero con dos destacables novedades. Una primera novedad es que emplea, además del método histórico-crítico, el método de la historia de las formas (o de los géneros literarios). Esto le permite no sólo diseccionar las distintas fuentes literarias, sino describir también los clichés literarios que —en su opinión— han sido preferidos por los autores del *Nican Mopohua*. Y aquí entra la segunda novedad destacable de Nebel. El mexicólogo bávaro niega la autoría del indio Valeriano y de su colega Alva y, sin más, atribuye toda la composición del escrito, tal como lo conocemos, a Lasso de la Vega, quien habría usado unas fuentes más o menos legendarias, siguiendo modelos o formas ya acuñadas por la literatura piadosa bajomedieval europea. Esas fuentes legendarias, que le habrían servido de base a Lasso, serían creación del pueblo y, por consiguiente, de autoría desconocida.

Junto a ello, conviene destacar también la finalidad que se propone Nebel: «[Debemos] reconocer sin ambages que en la literatura [bibliografía] existente se tratan ciertamente aspectos importantes de la problemática guadalupana, pero hasta el presente casi no se han elaborado estudios exhaustivos sobre el contexto intercultural. Sin embargo, las relaciones interculturales deben ser consideradas como factores configurativos esenciales de la realidad guadalupana, que son de gran importancia para la historia de la Iglesia, de la sociedad y de la cultura de México. El presente estudio debe entenderse como una contribución para paliar esas carencias de investigación» (p. 35).

A partir de aquí, su hipótesis de trabajo es la siguiente: La Guadalupe extremeña, convertida en signo de la hispanidad, habría ampliado su radio de influencia a ultramar, llegando a ser también signo de la hispanidad atlántica. Posteriormente, y por diversos derroteros, se habría transformado en el signo de la identidad mexicana. Este último proceso, que Nebel considera particularmente atractivo, habría tenido tres etapas: el histórico-profético, iniciado en 1648 por el jesuita Miguel Sánchez y apuntalado por Luis Lasso de la Vega en 1649; el histórico nacionalista, lanzado por Servando Teresa de Mier durante la guerra de la independencia mexicana; y el «concepcionista», que habría configurado posteriormente, a lo largo del XIX y XX, las características peculiares del catolicismo mexicano. Tal catolicismo se caracterizaría, según Nebel, por un decidido mestizaje, apoyado en la leyenda de las apariciones y confirmado por los movimientos guerreros e independentistas. Éstos habrían enlazado el fervor religioso con el entusiasmo patriótico. Guadalupe, por consiguiente, habría provisto a México de un mito, tanto de la funda-

ción de su iglesia, como de la consolidación de la patria mestiza (criollo-indígena). Por ello, «la tesis fundamental [de su libro] es la convicción de que el llamado “acontecimiento guadalupano” del siglo XVI no constituye un suceso histórico ya concluido, sino que con este acontecimiento se puso en marcha un proceso que ha contribuido a configurar el curso de la historia de México, y cuya fuerza creadora se manifiesta en las actuales condiciones sociales y en los problemas de esta tierra, y aún más allá de sus fronteras» (p. 13).

En el intento de probar su hipótesis (o tesis, como el A. dice) se desenvuelve el ingente trabajo que ha desarrollado el teólogo Nebel, con una abundancia notable de lecturas teológicas y etnográficas de toda procedencia, sin olvidar algunos pasajes importantes del magisterio pontificio de Juan Pablo II, sobre todo con motivo de sus viajes pastorales a México.

El estudio de Nebel se inscribe —en mi opinión— en un debate fundamentalmente ideológico y no tanto estrictamente histórico. Los puntos de partida de Nebel, sugerentes en algunos casos, muy discutibles en otros, se nutren sobre todo de los presupuestos historicistas que dominan la investigación histórica y literaria desde mediados del siglo XIX y, muy especialmente, desde el fin de la primera guerra mundial.

Es difícil discutir sobre presupuestos ideológicos. Los axiomas y los postulados se aceptan o se descartan. No cabe la discusión sobre ellos, porque son indemostrables. Son apriorismos que se nutren de opciones intelectuales, surgidas en un determinado clima cultural. Resulta, pues, muy costoso sustraerse a su influencia. Veamos un ejemplo: si se parte del pre-juicio de que no hay fenómenos estrictamente sobrenaturales, porque no son posibles; o que, si son posibles, no son ni razonables ni cognoscibles, entonces la historia del hecho religioso católico sufre un vuelco. Todo sería un producto histórico de la comunidad. Lo más antiguo sería necesariamente más tosco que lo más moderno y de inferior calidad intelectual. Bajo tal perspectiva, ni Homero pudo redactar sus grandes epopeyas (al menos tal como las conocemos), ni Moisés pudo ser un gran legislador (salvo quizá un código mínimo original), ni Cristo fundar la Iglesia (tal como la vemos en sus fundamentos básicos), ni San Pablo evangelizar Europa inculturando el evangelio en otro marco geográfico (sin desvirtuar el mensaje primigenio de salvación), etc. A lo sumo —se dice— se podría hablar del genio de un pueblo o de una raza o de una civilización. Los grandes personajes antiguos sólo serían el producto de la conciencia colectiva, que proyectaría su propia obra sobre un mito personificado en un héroe, cuando no en uno de sus dioses.

Como en casi todas las cosas, hay siempre una doble cara: el mito de Jano nos persigue también aquí. El inconsciente colectivo se expresa, en efecto, en determinadas formas literarias, que se enriquecen con el paso de los tiempos. Castilla tiene su poema épico. Los germanos poseen sus héroes legendarios. La Bretaña ha alumbrado sus ciclos artúricos. Si a esto sumamos la proverbial dificultad para distinguir entre el sueño y la vigilia, entre la fantasía y la realidad, y si tomamos en cuenta el formidable poder creador de la mente humana, la cosa se complica más todavía. La antropología cultural ha mostrado, en los últimos años, muchos casos, algunos de ellos sorprendentes, que nos descubren hasta qué límites insospechados puede llegar el ingenio humano. John R. Tol-

kien se ha inventado lenguas nuevas que funcionan, ha dibujado escrituras y ha diseñado evoluciones lógicas entre unas y otras. ¡Cuánto más, por tanto, un pueblo, con muchos siglos por delante! Todo esto es conocido y es, además, innegable.

Parece indiscutible para Nebel que el *Nican Mopohua* podría ser uno de esos relatos épicos expresivos de los orígenes y de la identidad de un pueblo, construido lentamente pero a empellones, es decir, con momentos estelares que habrían acelerado el proceso (por ejemplo, durante las guerras de independencia). En nuestra opinión, sin embargo, todo buen antropólogo, y más si se presenta a sí mismo como teólogo, debería contemplar otras hipótesis, no menos importantes, que aquí aparecen preteridas. Verbigracia: ¿por qué no admitir la veracidad del relato y su atribución substancial a los dos autores casi contemporáneos de los hechos? Esto me recuerda la polémica sostenida por San Pablo con saduceos y fariseos en Jerusalén, cuando fue apresado al regreso de su tercer viaje. Al presentarse ante el sanedrín Saulo gritó: «Hermanos [...], por la esperanza en la resurrección de los muertos soy ahora juzgado» (Act. 23,6). Como se sabe, se armó un gran alboroto. Y, en medio del tumulto, los fariseos decían: «¿Y qué, si le habló un espíritu o un ángel?» (Act. 23,9). La cuestión estribaba precisamente en esto: si un espíritu podía o no hablar a un hombre; mejor: si existían o no los espíritus. Los fariseos lo creían; los saduceos, lo negaban. No cabía acuerdo. Las opciones se excluían por completo.

El teólogo acepta (o debería aceptar), de antemano, que Dios se puede comunicar con el hombre. Sabe que se ha comunicado por vías especiales a los hagiógrafos y a los profetas, y que «últimamente nos habló por su Hijo» (Hebr. 1,2). Conoce también que Dios tiene sus vías ordinarias, corrientes, según las causas segundas: por medio de los hechos cotidianos, en la intimidad de la oración contemplativa, en la celebración litúrgica, en la lectura de las Escrituras. Concede la posibilidad, siempre rara y excepcional, del milagro y de la aparición. Y, en todo caso, el teólogo reconoce, con San Pablo, que el control de los carismas especiales está confiado a la jerarquía, la cual vela por la pureza de las manifestaciones de la religiosidad popular, cribando el trigo de la cizaña.

El hecho es que el «acontecimiento guadalupano» constituye una manifestación de fervor mariano como probablemente no haya otra en el mundo, mantenida ininterrumpidamente durante más de cuatro siglos; y que ha superado todo tipo de persecuciones y crisis, siempre bajo la atenta mirada de los pastores. No cabe duda de que esto también es signo de los tiempos. El teólogo, pues, debería apreciar en ello una especial providencia divina. Evidentemente, al menos para el que suscribe esta recensión, la mano de Dios está allí. Bajo tal perspectiva, el *Nican Mopohua* puede ser un relato substancialmente auténtico, casi contemporáneo de los hechos narrados. Y, por consiguiente, veraz en la información que nos trasmite, aunque deba adscribirse a un género literario ingenuo, emparentado con la hagiografía bajomedieval y renacentista.

Si esto se da por supuesto, entonces ¿por qué no discutir los estratos y los géneros lingüísticos? Afirmada tal convicción, ¿por qué no estudiar la belleza del nahua empleado, el ritmo de sus palabras, las formas dialectales propias, la ortografía empleada por los editores, la calidad de la traducción castellana y tantas cosas más? Finalmente, si tal es nuestro punto de partida, ¿por qué no estudiar a fondo la teología que se halla en la

base del relato? La pregunta es, sin embargo, si Nebel estaría de acuerdo en dar «todo esto» por supuesto...

Josep Ignasi SARANYANA

Benzion NETANYAHU, *The Origins of the Inquisition in Fifteenth Century Spain*, Random House, New York 1995, XXII + 1.384 pp.

Benzion Netanyahu era figura conocida y reconocida no sólo en el «high level» de las élites hispanistas de ámbito sajón, sino también entre los grandes «papaveri» mediterráneos (Marcel Bataillon, Américo Castro, Domínguez Ortiz), que le han rendido generoso testimonio. Netanyahu es también un «scholar» de merecido renombre entre los inquietos progresistas del pensamiento. Catedrático emérito de la Universidad de Cornell, con publicaciones de primera investigación llevadas a cabo con exigente pureza. Estudios como el realizado sobre el franciscano Alonso de Espina, libros como *Don Isaac Abravanel* o *The Marranos of Spain*, o su labor como director de edición de la *Encyclopedia Hebraica*, o como responsable general de la edición de *World History of the Jewish People* y co-editor de la *Jewish Quarterly Review* acreditan su relevancia en el campo del hebraísmo. Bien puede asegurarse que el libro que ahora se reseña responde a la esperanza de quienes seguían con atención el curso investigador de Benzion Netanyahu.

La obra está estructurada en cuatro libros. En el primero de ellos se expone el *background* histórico de la cuestión judía desde sus orígenes en la diáspora hasta los albores del reinado de Enrique IV de Castilla, pasando por la España visigótica, musulmana y mozárabe. El segundo libro estudia con todos sus pormenores el reinado de Juan II de Castilla. El tercer libro analiza el reinado de Enrique IV y de los Reyes Católicos. Por último, el libro cuarto —ciento cincuenta páginas en números redondos— es el que responde más directamente al título general de la obra: el origen de la Inquisición en España.

Esta monografía es ácida y jugosa en su madura fructificación, como una naranja de Israel. «La Inquisición Española —se lee en la solapa interior del tomo— fue responsable de una de las más fieras represiones de la historia de la humanidad. En ella aparecían fundidos como en una pieza tres males emblemáticos: una policía de estado, una ideología totalitaria, una persecución racial. Sus terribles reverberos se han hecho sentir en el presente siglo y probablemente ocurrirá lo mismo en el que ahora entra. No obstante tanta notoriedad, sus orígenes jamás han sido totalmente explorados ni plenamente comprendidos». Como llamada de atención agresiva y comercial, estas palabras tal vez sean eficaces. Conectan con la sensibilidad de un área extensa del «gran público». Palabras exageradas, sin duda. Palabras sentidas, sin duda. Palabras compartidas, también sin duda, en el orbe de la sociedad postmoderna.

Dígame lo que se diga, justo es reconocer que el instituto inquisitorial ha tenido siempre una esencia anacrónica: desde que los aires de nuestro planeta se poblaron de